

el año 1510 cuando Pedro de Alvarado se estrena en la empresa americana. Ya no se trata de una empresa guerrera, sino del establecimiento de una colonia, en la no fácil convivencia con razas desconocidas y no habituadas al trabajo intensivo de la agricultura y de las minas. Por ello, cuando el Gobernador de Cuba, Diego Velázquez, envía exploradores a buscar nuevas y ricas tierras —que sean el cumplimiento de las promesas de Colón— Alvarado se enrola con Grijalva y descubre con él las costas de la tierra, teatro de sus portentosas hazañas: Méjico.

No puede extrañarnos que cuando Hernán Cortés emprende su gran aventura, con él se halle Pedro de Alvarado, y que junto a él haga la penosa jornada desde la costa a Méjico, peleando con los tascaltecas y con los mejicanos, hasta que la pequeña hueste se hizo dueña de la ciudad de los aztecas. Allí estaba la ocasión —sin que él lo supiera— en la cual Alvarado iba a imprimir su sello a la marcha de la Historia. Sin Alvarado es muy posible que la historia de la conquista de Méjico —e incluso el destino de los aztecas— hubiera sido muy otro. Los hechos nos son ya conocidos: Cortés se ha enterado que Diego Velázquez ha enviado contra él a Pánfilo de Narváez y sale a su encuentro, dejando a Pedro de Alvarado como lugarteniente suyo en la ciudad de Méjico...

Pocos son los que han querido reconstruir el estado mental y emocional de los españoles en medio del mundo azteca. Han recorrido cientos de kilómetros de una tierra nueva y han llegado a la fabulosa Tenochtitlán, que es una especie de Venecia, en medio de una laguna y edificada sobre islotes. Todo ha transcurrido hasta entonces —es decir, hasta el momento en que sale Cor-

tés para la costa— de un modo inestable: no se sabe si los españoles están encerrados en una trampa, si son huéspedes o si se aceptan sus condiciones de que Motecuzoma se someta al lejano Rey de España. Son pocos los españoles que quedan en Méjico-capital, mientras Cortés deshace el camino con el horizonte cubierto de interrogantes. En estas circunstancias, Alvarado tiene que estar con el espíritu abierto y despierto para evitar cualquier conspiración. Es entonces cuando se produce la tragedia: los indios se reúnen, como acostumbraban a hacerlo con enorme frecuencia, dado el complicado calendario religioso azteca, para una gran festividad, y danzan, gritan y marchan por la ciudad en compactos grupos. ¿Qué es todo aquello? ¿Tiene simplemente un carácter religioso, como aseguran los intérpretes, o es una reunión militar para acabar con los españoles? En la duda, el ánimo simplista del conquistador, de Pedro de Alvarado, prefiere evitar toda contingencia y cargar sobre las masas indias.

Los historiadores suelen decir que éste fué un grave error, y que la agresión de Alvarado determinó la sublevación subsiguiente de los aztecas, de casi fatales consecuencias. Y es verdad, que fué un error, y que la sublevación que vino y que determinó la gran matanza de la «noche triste» fué causada por ello. Pero ¿ha pensado alguien en que Alvarado no tenía la menor información fidedigna sobre las costumbres aztecas? ¿Que en medio de todo su medida fué prudente? Podemos preguntarnos qué hubiera dicho la Historia si en verdad los indios hubieran hecho una gran conjuración para acabar con los pocos españoles, aprovechando la ausencia del grueso del ejército (marchado con Cortés), y hubieran concluido con las gentes de Alvarado. Seguramente el juicio de la